

# El poder de la lengua<sup>1</sup>

Por Wilbur Madera

¡Qué fácilmente caemos por las palabras! ¡Qué fácilmente podemos comunicar información que no nos corresponde decir o a nuestros interlocutores oír! En algún momento, nos hemos visto en la disyuntiva entre hablar o callar y hemos experimentado la verdadera lucha que se genera en el interior de uno mismo. Por un lado, sabes que no debes decirlo, pero por otro, quieres decirlo. Sabes que no debes preguntar ni indagar más de ese asunto que no te compete, pero sientes como una “necesidad” de saber entrometidamente más acerca de ello.

Tenemos problemas con las palabras. Nos enganchamos con las palabras, reaccionamos a las palabras, nos engolosinamos con las palabras, mal utilizamos las palabras.

Tenemos un Dios que habla y nos hizo a su imagen, dándonos las palabras para edificar, animar, construir, estimular e influir para su gloria; pero debido al pecado, solemos dar a las palabras un uso muy distinto: engaño, adulación, burla, queja, chisme, calumnia, ofensas, sarcasmo, albur, chantaje, y la lista sigue y sigue. Tenemos un problema con las palabras. Esto es innegable.

También es innegable la realidad de la libertad que Cristo vino a traer. No nos desanimemos ni perdamos la esperanza. Dios en su gracia nos ha dado la solución a través de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. Gracias a su obra, Cristo nos ha reconciliado con el Padre, y en virtud de la nueva vida que tenemos en él no tenemos que seguir haciendo tan mal uso a nuestras palabras; no tenemos que seguir tropezando por nuestras palabras.

Al contrario, podemos usar nuestras palabras para la gloria de Dios porque el Espíritu Santo que Dios ha derramado en los corazones de sus hijos, nos habilita para hablar de acuerdo con aquello que edifique y traiga gracia a los oyentes.

Por eso, y por la gracia de Dios, no tenemos que ser conocidos como chismosos, aduladores, mentirosos, groseros o mal hablados, sino podemos ser conocidos como hombres o mujeres que usan sabiamente las palabras que Dios nos ha dado. Cristo nos hace libres del poder del pecado sobre la lengua.

En la Biblia, se dice muchísimo acerca de la lengua y el uso de las palabras. Aquí nos centraremos en un pasaje conocido y enfocado en el tema: Santiago capítulo 3.

Este pasaje es muy rico en enseñanza respecto a la lengua, pero sólo señalaremos tres realidades espirituales respecto a nuestras palabras.

## 1. LAS PALABRAS ESTABLECEN NUESTRA INFLUENCIA.

Santiago 1:1 dice: *Hermanos míos, no pretendan muchos de ustedes ser maestros, pues, como saben, seremos juzgados con más severidad.*

Hablando del tema de la lengua, Santiago comienza su enseñanza con esta exhortación a no tomar a la ligera la responsabilidad de enseñar. Los que enseñan usan las palabras para comunicar las verdades de Dios. Esta acción te pone en una posición de mayor influencia.

Las palabras son medios de influencia y cuando estás en posición de enseñanza, tu influencia es multiplicada a la enésima potencia. Por eso dice que el juicio será más severo para el que tiene mayor exposición en el uso de sus palabras. Muchas personas tomarán decisiones con base en lo que dijiste. Dirigirán su vida con base en algún comentario o consejo que expresaste. ¡Qué privilegio, pero qué responsabilidad!

---

<sup>1</sup> Este artículo es una versión resumida de un sermón predicado en 2015.

Las palabras no deben ser tomadas a la ligera porque son el vehículo que establece tu influencia sobre los demás. Cada vez que abrimos la boca vamos a influir sobre alguien.

Cada vez que interactúas con tus hijos, estás dejando algo de ti en ellos. Cada vez que hablas con tus compañeros de trabajo, de escuela o de juego, estás dejando tu estampa en ellos. Cada vez que das tu opinión sobre algún tema, estás marcando una pauta para alguien que te escucha.

Piensa un poco, por ejemplo, en las personas que ya no están en esta tierra, ¿qué recuerdas de ellos? sus acciones y sus palabras. ¿Acaso no te has descubierto a ti mismo diciendo cosas semejantes a las que escuchabas decir, en su momento, a tu padre o a tu madre, o de alguna persona significativa en tu vida? Sin darnos cuenta, su influencia está presente en nuestras vidas a través de lo que les escuchamos decir o repetir.

Las palabras son un vehículo de influencia. ¡Qué serio es este asunto! No debemos usar las palabras a la ligera, sino con mucha sabiduría. No debemos desaprovechar la oportunidad de influir para el reino de Dios con nuestras palabras.

## 2. LAS PALABRAS EVIDENCIAN NUESTRA MADUREZ

Dice Santiago 3:2: *Todos fallamos mucho. Si alguien nunca falla en lo que dice, es una persona perfecta, capaz también de controlar todo su cuerpo.*

Cuando la Biblia habla de una persona perfecta o varón perfecto, tiene el sentido de madurez o de plenitud, que no le falta algo para estar completo. Muchas veces solemos equiparar “madurez” con conocimiento. Pensamos que una persona madura en la fe es la que sabe mucho acerca de la Biblia o de Dios. Santiago está estableciendo una medida distinta de madurez. ¿Quién es una persona perfecta o madura? Es aquella que nunca falla en lo dice. Aquella persona que usa sus palabras para la gloria de Dios.

El que controla su lengua muestra la madurez suficiente como para controlar cualquier asunto de su vida. De hecho, Santiago ilustra esta verdad hablando de caballos y de barcos. El caballo siendo un animal tan poderoso y fuerte se le controla poniéndole un freno en la boca. El barco siendo tan grande y poderoso se le controla a través de un pequeño y diminuto timón. Así también, aquel que domina su lengua es capaz de controlar toda situación en su vida.

¿Quieres saber cuán maduro eres en la fe? Escúchate hablar. No importa cuánto conocimiento tengas de la Biblia, en cuántos ministerios has participado, cuántos años hayas participado en la iglesia, lo que manifiesta tu madurez, en verdad, son las palabras que salen de tu boca, o el enmudecimiento de tus labios cuando la sabiduría lo demanda. Las palabras evidencian nuestra madurez.

## 3. LAS PALABRAS REVELAN NUESTRO CORAZON.

Santiago 3:9-12 dicen: *Con la lengua bendecimos a nuestro Señor y Padre, y con ella maldecimos a las personas, creadas a imagen de Dios. De una misma boca salen bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así. ¿Puede acaso brotar de una misma fuente agua dulce y agua salada? Hermanos míos, ¿acaso puede dar aceitunas una higuera o higos una vid? Pues tampoco una fuente de agua salada puede dar agua dulce.*

Estos versículos ponen de manifiesto que las palabras no vienen de afuera sino de adentro. Las palabras revelan el tipo de fuente que tenemos adentro porque no puede venir agua salada y dulce de la misma fuente. O es una fuente salada o es una fuente dulce.

Así mismo cada tipo de árbol da un tipo de fruto específico. La higuera no puede dar aceitunas, ni la vid puede dar higos. Cada fruto corresponde a un tipo particular de árbol y viene del tipo de árbol del que se trata.

Esta es una realidad que el mismo Jesús nos enseñó cuando dijo: “De la abundancia del corazón, habla la boca” (Lucas 6:45). Las palabras revelan lo que deseamos, lo que creemos en verdad, revelan nuestro corazón.

Aunque esto es revelador y triste, hay buenas noticias y esperanza para los que estamos en Cristo. Porque si tu corazón está siendo transformado por Cristo, esto trae gran esperanza de que tus palabras también lo serán. Si tu fuente está siendo cambiada de ser una fuente salada a una fuente de agua dulce, con el tiempo y para la gloria de Dios, tus palabras comenzarán a ser cada vez más congruentes con el tipo de fuente que tienes dentro.

La transformación que el Espíritu Santo hace de nuestros corazones se manifestará en la buena influencia que puedas ejercer en los que te rodean, en la manifestación de madurez por la sabiduría con que usas tus palabras y en la calidad de tu comunicación porque estará revelando un corazón renovado donde reina Cristo.

Hay gran esperanza de transformación porque Cristo nos vino a hacer libres del poder de la lengua. Por eso, y confiando en su gracia, da pasos de cambio en el uso de tus palabras.

La lengua, como dice Santiago, es un pequeño fuego que puede incendiar un bosque completo (Stg 3:5). Pero como creyentes, no tenemos que vivir habituados a este pecado. Al contrario, debemos luchar por erradicarlo de nuestra comunidad. Tenemos el remedio perfecto que apaga este fuego y éste es el amor de Cristo en nuestros corazones. En su gracia y por su obra de transformación, nos da la capacidad de obedecer a Dios usando nuestras palabras para edificación y dar gracia a los oyentes. Dios nos dio la bendición de las palabras. Usémoslas para su gloria.